



PROSELITISMO. LLAMADA A LA CONVERSIÓN DE LA ENCÍCLICA FRATELLI TUTTI

Quiero en el programa de hoy hacer una reflexión que podríamos titularla: "Proselitismo, llamada a la conversión y encíclica Fratelli Tutti". Son tres conceptos de los cuales quisiera hablarlos, discernirlos y entenderlos correctamente porque, por desgracia, creo que estamos siendo testigos también de un confusionismo importante a la hora de no entender qué es el proselitismo, a la hora de confundirlo con la llamada a la evangelización, al apostolado, a la hora de entender correctamente la encíclica Fratelli Tutti, como si esa encíclica fuese la que justificase el confusionismo. Creo que es importante aclararlo.

Y lo digo porque, en esta semana, ha acontecido un disgusto en la vida de la Iglesia, y es que el obispo responsable de la Jornada Mundial de la Juventud de Lisboa, monseñor Américo Aguiar, hizo unas declaraciones que han sido objeto de polémica y de aclaraciones posteriores, y que también son el punto de partida desde el cual yo quiero hacer estas aclaraciones. Él decía literalmente en una entrevista: "Nosotros no queremos convertir a los jóvenes a Cristo, ni a la Iglesia Católica, ni nada de eso en absoluto. Nosotros queremos que sea normal que un joven cristiano católico diga y testimonie quién es, o que un joven musulmán, judío o de otra religión tampoco tenga problema en decir quién es y en testimoniarlo, y que un joven que no tiene ninguna religión se sienta bienvenido y no se sienta acaso extraño por pensar de otra manera".

Estas fueron las declaraciones que lo que estaban subrayando era el deseo de que la Jornada Mundial de la Juventud sea un lugar en el que se puedan encontrar no únicamente quienes profesan y viven el seguimiento a Jesucristo de una manera consciente y plena, sino que también pueden estar jóvenes de otras confesiones cristianas, otras religiones o incluso jóvenes que todavía no han descubierto la fe, y que se valore la pluralidad de ese encuentro, que se entienda que esa pluralidad es un valor. Él afirmaba que esto es así en la línea de Fratelli Tutti, pero claro, esa expresión: "Nosotros no queremos convertir a los jóvenes a Cristo, ni a la Iglesia Católica, ni nada de eso en absoluto", ciertamente produjo una gran sorpresa.

Monseñor Américo Aguiar matizó esas declaraciones posteriormente a medios de comunicación, afirmando que lo que él había querido decir es que la Jornada Mundial de la Juventud nunca ha sido, no es ni debe ser un evento de proselitismo; al contrario, es y debe ser una oportunidad para conocernos y para respetarnos como hermanos. Luego añadió que lo que él quería decir es que la Iglesia no impone, sino que propone libremente la fe católica, sabiendo que la conversión es el fruto misterioso de la acción del Espíritu Santo.

La aclaración ahí está, pero, siendo esto lo que él quería decir, hay que reconocer que la frase elegida, esa frase de que nosotros no queremos convertir a los jóvenes a Cristo, ni a la Iglesia Católica, ni nada de eso en absoluto, había sido muy impropia, además de contraria al Evangelio. Todos somos conscientes de que la vida pública de Jesucristo comienza con el anuncio de: "Ha llegado el Reino de Dios, convertíos y creed en el Evangelio". La llamada a la conversión y a creer en el Evangelio se identifica con el inicio del ministerio público de Jesucristo.

Yo en esta reflexión que quiero hacer esta mañana no quiero hablar tanto de esa frase sacada de contexto, sino en el contexto en que esa frase ha sido pronunciada, porque creo que es obvio que también está mostrando la necesidad de una aclaración de estos conceptos: qué es proselitismo, cómo lo distinguimos de la llamada a la conversión, qué es lo que dijo Fratelli Tutti. Creo que estas aclaraciones son necesarias y por eso quiero dedicar este primer espacio del programa "Sexto Continente" a este aspecto.

En primer lugar, hemos escuchado con frecuencia al Papa Francisco hacer una proclamación clara y contundente, decir no al proselitismo. No es una cosa únicamente del Papa Francisco; en el fondo, él, cuando dijo eso por primera vez, citó explícitamente al Papa Benedicto XVI, que tiene una famosa expresión: "La Iglesia crece por testimonio, no por proselitismo".

¿Qué se entiende, qué significa la palabra proselitismo? En la Sagrada Escritura se llama prosélito a un pagano convertido al judaísmo que se ha integrado en el pueblo de Dios a través de la circuncisión y que, como uno más, toma el compromiso de seguir los preceptos del judaísmo. Un prosélito era un pagano que se había hecho judío, entonces en sí ser prosélito no era malo, todo lo contrario, era bueno que hubiese prosélitos, aquellos que conocían la revelación de Abraham. Pero, claro, cuando se utiliza la palabra proselitismo, el sufijo "-ismo" está subrayando una obsesión, está de alguna manera subrayando algo que se desquicia. Se suele decir que todos los "-ismos" son malos; aunque tampoco se puede exagerar, pero, por ejemplo, una cosa es que algo sea popular, pero el populismo es malo; la materia es buena, pero el materialismo es malo; el espíritu nacional es bueno, el nacionalismo ya puede ser negativo; la laicidad es buena y positiva, el laicismo ya es malo. Generalmente el sufijo "-ismo" está subrayando como un absolutizar un aspecto de la realidad de una manera obsesiva en detrimento de la visión integral, realista, armonizadora. Por eso se suele decir que los "-ismos" son malos. En ese sentido, la palabra proselitismo significa, está significando, un subrayar hasta tal punto la pretensión de que alguien pase a tener tu fe, hasta el punto de llegar a hacerlo de una manera obsesiva y no respetando la libertad de esa persona.

Pero no es lo mismo decir que no al proselitismo que decir no a la llamada a la conversión, porque entonces estamos confundiendo las cosas. Jesús dijo: "Id y haced discípulos bautizándolos", "convertíos y creed en el Evangelio". ¿Entonces Jesús era proselitista? En esta acepción de la palabra a la que me estoy refiriendo, obviamente no es proselitista, pero sí Él llama a la conversión claramente.

Lo primero que tenemos que explicar es, cuando la Iglesia, y especialmente los últimos años el Papa Francisco dice no al proselitismo, ¿a qué nos estamos refiriendo? Nos estamos refiriendo, por ejemplo, a una acción predicadora que no diese suficiente importancia al testimonio, porque, en el fondo, para que la predicación esté bien hecha,

el que predica tiene que cuidar no únicamente tener un discurso perfecto, sino que tú estés en proceso de conversión, que tú mismo vivas el deseo de conversión.

También sería proselitismo una acción evangelizadora que no respete los tiempos de las personas a los que nos dirigimos, que arrolle a las personas, que no tenga en cuenta la necesidad de escucharlas. Para poder predicar hay que hacerlo con paciencia, sabiendo acompañar a las personas a las que dirigimos nuestro mensaje; lo contrario, si no tenemos paciencia, si no les escuchamos, si somos invasivos, eso podría ser proselitista. En el fondo, se trata de que nosotros tenemos que creer en la acción del Espíritu Santo, porque no es que yo convierta a las personas; yo soy instrumento de Dios, pero el que convierte es el Espíritu Santo. El que no tenga esto claro, claro que puede ser un proselitista, porque el que convierte es el Espíritu Santo sirviéndose de tu testimonio o de tus palabras, o sin que se sirva de ello casi, creemos en la acción del Espíritu no en la eficacia de mis palabras. Y, por supuesto, proselitista es aquel que impone, y nosotros sabemos que la acción evangelizadora propone, no impone, dejando a la libertad de la persona la acogida.

También añado otras características. Por ejemplo, cuando se supedita el ofrecimiento de la caridad a que tú hayas participado. Por ejemplo, algunas sectas que te dicen: "Si tú quieres recibir la acción caritativa que aquí hacemos en esta secta, primero te tienes que hacer miembro; si te haces miembro, te ayudaremos en tu pobreza". Eso es proselitismo también, porque es, de alguna manera, negar la gratuidad de la caridad. Fijaros cómo la acción caritativa de la Iglesia, eso no acontece nunca. ¿Os imagináis?, por ejemplo, que en Cáritas se le diga a alguien: "Usted para ser ayudado, tráigame la partida de bautismo, si no me trae la partida de bautismo usted no le ayudamos en sus necesidades" Eso tenemos muy claro que eso no es así. Un proselitismo sería ese, el que supeditase la acción de la caridad a que tú te hayas adherido a nosotros.

Al corazón del hombre hay que acceder en gratuidad, en caridad, amando a la gente incondicionalmente, en diálogo claro. Es decir, claro que hay que estar atentos al proselitismo porque en toda actividad humana se puede infiltrar el pecado intentando poseer a las personas, utilizarlas para nuestros intereses, para mi arrogancia, como si yo me pusiese estrellas por la cantidad de conversiones que he tenido, sin respetar la dignidad o la libertad religiosa. Entonces la Iglesia prohíbe severamente el hecho de que se induzca la conversión a través de medios indiscretos, forzando las conversiones. Las conversiones nunca deben de ser forzadas, deben de ser hechas en libertad, eso forma parte de la vida de la Iglesia. La evangelización implica diálogo sincero para buscar comprender las razones, los sentimientos de los otros. Al corazón del hombre se accede desde la gratuidad, desde la caridad, desde el diálogo, teniendo en cuenta los sufrimientos, las esperanzas y las situaciones en las que están los destinatarios.

Dicho esto, he querido explicar por qué la Iglesia dice no al proselitismo: es como una evangelización mal hecha, un apostolado mal hecho. Ahora, ¿qué es lo que creo que es preocupante? Lo que creo que es preocupante es que se esté subrayando tanto, o de una manera unilateral, o sin la explicación suficiente, "no al proselitismo, no al proselitismo", y nos olvidemos de decir: hagamos apostolado, evangelicemos, seamos testigos vivos de Jesucristo. Al final parece de que, de tanto insistir no al proselitismo sin subrayar la urgencia de la acción evangelizadora y de ser apóstoles para ganar almas para el Señor, resulta que muchos están llegando a creer que el proselitismo es sencillamente llamar a la conversión. Entonces, claro, el Evangelio es proselitista,

entonces el Evangelio entra en contradicción con lo que nosotros estamos diciendo. Esto es clave. Jesucristo no habló explícitamente del proselitismo; si lo hizo, lo hizo bastante tangencialmente. Él se centró en sí a la evangelización, se centró en sí al apostolado, en sí a ser testigos suyos y llamar a la conversión, en dar la buena nueva de que Dios nos ama y nos quiere y, como consecuencia de esa llamada, pedirnos una vida nueva. Esa llamada a la conversión, eso fue Jesucristo. Jesucristo sobre el proselitismo habló poco, hay algún texto, por ejemplo Mateo 23, 15 que dice: "¡Ay de vosotros, escribas y fariseos hipócritas, que viajáis por tierra y mar para ganar un prosélito y, cuando lo conseguís, lo hacéis digno de la gehena el doble que vosotros!". Sí hay alguna referencia a ese riesgo de proselitismo, pero Jesús, sobre todo en el Evangelio, subraya "id y evangelizar y ser apóstoles".

Por eso en donde tenemos que poner el acento es en esa llamada de Jesucristo en la que nos incorpora a todos. Jesucristo invita a todos los hombres a la conversión y a la fe, y encomienda a los apóstoles desde su resurrección continuar esa misión evangelizadora: "Como el Padre me envió, así yo os envío a vosotros". Mediante la Iglesia se llega a todas las épocas de la historia, a todos los lugares, para proclamar este mensaje de salvación: "Id por todo el mundo y proclamad el Evangelio". Y esto no es cuestión de gustos, sino que el Evangelio nos habla de que es importante acoger a Jesucristo para que el hombre pueda recibir la salvación de Dios. Solo Cristo nos puede salvar, sin Jesucristo no hay salvación, aunque sabemos también, lo dice la fe católica, que aquellos que no hayan tenido culpabilidad en ese no haber conocido a Jesucristo podrán salvarse; Cristo será su Salvador también, pero no tendrán esa culpabilidad de haber rechazado a Jesucristo puesto que no llegaron a conocerle. Solo Cristo salva, solo Cristo es el Redentor del mundo, luego hay una urgencia muy grande en proclamarlo ante todas las naciones.

Y, sin embargo, ¿qué está ocurriendo? Lo dice un documento que es muy interesante, quien quiera profundizar en esto, un hallazgo que he hecho estos días preparando esta intervención es la existencia de una nota doctrinal de la Congregación para la Doctrina de la Fe llamada "Nota acerca de algunos aspectos de la evangelización", publicada el 3 de diciembre del 2007. En esa nota se dice que está ocurriendo cada vez con más frecuencia que incluso nos estamos llegando a preguntar por la legitimidad de proponer a los demás lo que nosotros consideramos que es una verdad revelada por Jesucristo y que deben de conocerla. Caemos en esta especie de relativismo en el que vivimos hoy: "no le molestes a los demás proponiéndoles tu verdad". Esto se considera como una especie de atentado a la libertad de las personas, como si fuese molestar a los demás el llevar adelante nuestra vocación misionera de evangelizadores. Pero esto es una deformación del relativismo de nuestros días en la que no tenemos que caer, porque dice este documento: la actividad por medio de la cual el hombre comunica a los otros las verdades de la salvación, favoreciendo su recepción, no solamente está en profunda sintonía con la naturaleza del proceso humano del diálogo, del anuncio, del aprendizaje, sino que es propio del hombre compartir el tesoro que ha descubierto. Descubrir la buena nueva es convertirte en altavoz de ella; la verdad que te ha salvado a ti, tú dices: "gratis lo he recibido, tengo que darlo gratis, tengo que comunicarlo gratuitamente". Por eso la acción evangelizadora de la Iglesia nunca desfallecerá, porque nunca le faltará la presencia del Señor y la fuerza del Espíritu Santo: "Yo estaré con vosotros todos los días hasta el fin del mundo". El relativismo de nuestros días y los irenismos falsos en el ámbito religioso —este documento utiliza esos dos términos, relativismos e irenismos— no son de recibo, no podemos asumirlos de manera que nos lleven a desatender el compromiso fascinante de que la evangelización sea nuestra tarea principal. Dice la

Segunda Carta a los Corintios 5, 14: "Caritas Christi urget nos", nos apremia el amor de Cristo para evangelizar.

El respeto a la libertad religiosa, la pluralidad de las religiones, la pluralidad del pensamiento no puede nunca convertirse en la excusa para la indiferencia ante la verdad y el bien. La urgencia de la invitación de Cristo a evangelizar concierne a todos, nos concierne a todos. Las palabras de Jesús están dichas no solo para sus apóstoles, sino para todos los bautizados. Y esto explica el ardor, la fuerza, la parresía, la fuerza con la que los apóstoles predicaron con un atrevimiento tremendo, hasta el punto de que les metían en la cárcel por insistir en esa predicación: "no molestéis, callaros", pero ellos seguían predicando; les pegaban una paliza para que dejaran de predicar y seguían predicando.

Esto es clave: el que nos demos cuenta de que la llamada a la evangelización es determinante. Por eso hay que llamar la atención sobre que no confundamos el no al proselitismo con que no hay que llamar a la conversión a la gente, ¡por Dios! Es una confusión que deja el Evangelio en silencio, es como dejar el Evangelio invalidado el decir que no se puede llamar a la conversión así, directamente a las personas.

Detrás de este confusionismo creo que hay también una mala comprensión de la encíclica Fratelli Tutti, publicada por el Papa Francisco en octubre del año 2020. Era la tercera encíclica de su pontificado y está dedicada a la fraternidad y a la amistad social. Una encíclica, podríamos decir, de la índole de la doctrina social de la Iglesia en la que se subraya que, para poder construir un mundo en el que los cristianos, los católicos, tenemos que formar parte en esa construcción de un mundo, colaboramos con los demás, claro, y colaboramos con los que no son católicos, incluso con los que no son cristianos, incluso con los que no son creyentes. Tenemos que colaborar con ellos y, para poder colaborar con ellos, buscamos un punto común, ¿y cuál es ese punto común que subraya la encíclica Fratelli Tutti? Que todos somos hermanos porque, en el fondo, tenemos un Padre común que es creador de cielo y tierra y es creador de todos nosotros.

Esta afirmación de que Dios es Padre de todos, de que todos somos hermanos, mal entendida, está dando a luz a este relativismo: "Oye, pues entonces Dios es Padre de todos y todos somos hermanos, ¿para qué voy a estar yo llamándoles a la conversión si todos participamos de esa misma condición? Que cada uno crea lo que quiera, en el fondo todas las religiones básicamente son iguales, si Dios es Padre de todos, entonces la acción misionera de la Iglesia, la acción evangelizadora, la proclamación explícita del Evangelio es innecesaria. Aquí lo importante es que vivamos en una sana pluralidad y que la pluralidad nos enriquezca a todos". Esta es una mala comprensión de la encíclica Fratelli Tutti. Fijaros si es una mala comprensión que incluso, cuando se publicó, hubo algunas declaraciones de algunas asociaciones de masones que aplaudieron la encíclica diciendo: "Por fin el Papa nos ha dado la razón". Claro, no estaban entendiendo nada, pero es verdad que es importante explicar las cosas para que no se saquen esas conclusiones equivocadas.

Hay que decir que cuando decimos que Dios es Padre de todos, hay que distinguir niveles de afirmación. El propio Catecismo Romano distinguía que hay tres niveles de esa paternidad. Una es por creación. En el nivel en el que habla Fratelli Tutti, por la creación todos los hombres —tanto cristianos como creyentes como de otras religiones

como paganos— todos hemos sido creados a imagen y semejanza de Dios. En ese sentido, todos somos hermanos por el hecho de formar parte del género humano, y Dios es creador de todos, no hay más que un único Dios creador. En ese sentido la encíclica habla de "Fratelli Tutti", Dios es Padre de todos. También en el sentido de la Providencia, Dios es Padre y se manifiesta en favor de todos los hombres, en favor de todos, no solo de los bautizados sino también de los que no son bautizados; todos tenemos un ángel de la guarda, que es un signo muy patente de esa paternidad o providencia de Dios con la que Dios nos cuida, seamos cristianos o no cristianos. Dios cuida de todos nosotros.

Ahora bien, hay un tercer nivel que es el nivel de la Redención, no el nivel de la creación o de la Providencia, sino el nivel de la Redención que no podemos olvidarlo nunca: Dios es Padre pero en un sentido sobrenatural, no ya natural (que por creación todos somos criaturas de Dios). En un sentido sobrenatural, porque Jesucristo nos ha ofrecido con su redención participar de su filiación divina. Jesucristo ha venido a redimirnos de nuestra condición pecadora dándonos la gracia de, por una parte, purificarnos de nuestro pecado y, por otra parte, elevándonos a la condición de hijos de Dios. Y eso lo ha hecho pidiendo que nosotros libremente lo podamos acoger. La redención de Jesucristo tiene que ser libremente acogida para poder participar de la filiación divina de Jesucristo. Eso no se recibe por creación, tiene que ser acogida la palabra de Jesucristo, acogido su mensaje libremente por la fe y por el bautismo, y por el bautismo recibimos la condición de ser hijos de Dios Padre en un nivel infinitamente superior al que se entiende por la creación. Que Dios es Padre de todos por la creación, ya, pero por la Redención hay un nivel infinitamente superior que es el de participar de la filiación divina de Jesucristo, ser hijos en el Hijo, ser hijos en Jesucristo. Y esto, como digo, tiene que ser libremente acogido por cada uno de nosotros. En ese sentido decimos que la filiación divina la recibimos por el bautismo y por la fe.

Este tercer aspecto es importantísimo. Por eso, por ejemplo, los catecúmenos que se preparaban en los primeros siglos de la Iglesia para recibir el bautismo, el Padre Nuestro no lo rezaban al principio, sino que reciben el Padre Nuestro cuando ya están cercanos, se van a bautizar, y entonces les dice: "Ahora podrás llamarle a Dios Padre, porque por el bautismo serás incorporado a la filiación divina de Jesucristo". Y por ejemplo, cuando nosotros decimos: "Fieles a la recomendación del Salvador y siguiendo su divina enseñanza, nos atrevemos a decir...", ¿qué significa la expresión "nos atrevemos a decir Padre Nuestro"? Me atrevo a decir Padre Nuestro porque decir Padre Nuestro es participar de la filiación de Jesucristo, y eso es algo que supera mi expectativa. Claro que por la creación soy hijo de Dios Padre en un sentido creacional, ya, pero aquí se habla de otra cosa, ¿cómo me puedo yo atrever a llamarle a Dios Abbá, Papá, compartiendo la intimidad que tiene Jesucristo con Él? En ese sentido, no todos son hijos de Dios, sino aquellos que han acogido la filiación de Jesucristo. Hay tres niveles: el nivel creacional (todos somos hijos de Dios), el nivel de la Providencia (todos somos de Dios), pero el nivel de la Redención, esa filiación divina la tiene aquel que la ha acogido libremente, porque Jesucristo no impone esa condición de filiación, sino que la propone y quiere que sea libremente acogida.

Este aspecto, como veis, es muy importante. si esto no se entiende bien, pues entonces se dice: "Fratelli Tutti, Dios es Padre de todos y todos somos hermanos, entonces déjate de predicar, déjate de proclamar el Evangelio, no es necesario, entonces no

llamemos a la conversión a nadie, no seamos proselitistas". Y entonces hacemos una lectura con la que deformamos completamente el mensaje del Evangelio.

También una cosa que subrayo: ¿la pluralidad es un valor? ¿El hecho de que exista el pluralismo religioso es un valor? Vamos a entenderlo: en sí misma la pluralidad no es ni un valor ni un contravalor, dependiendo de cómo se viva también la unidad. ¿La unidad es un valor? En sí misma la unidad no es un valor tampoco, ni un contravalor, porque si tenemos unidad en el error eso no es un valor; lo que será un valor es que tengamos unidad en el bien y en la verdad. Y si tenemos un pluralismo, pero un pluralismo en el relativismo, en una no búsqueda de una verdad plena de la cual todos somos hijos, ese pluralismo no será bueno; será bueno el pluralismo que nos lleve al conocimiento del único Dios verdadero. Por eso hay que subrayar que, en el fondo, Jesucristo es el revelador del Padre, Él es el revelador del Padre. Es muy importante superar esa visión igualitarista: todas las religiones no son iguales, Jesucristo es el revelador del Padre y la pluralidad está bien en la medida en que sea el punto de partida para llevarnos a la plena unidad en Dios, en la medida que sea el punto de partida pero no el punto de llegada, porque Jesucristo pidió al Padre: "para que todos seamos uno". Jesús no dijo: "Padre, que todos sean distintos y diversos", no, dijo: "Padre, que todos seamos uno". Es muy importante moderar. ¿Que sí está también un encuentro de pluralidad? Claro que sí, pero tengamos en cuenta una cosa: Jesucristo no fue tanto un moderador de pluralismos sino un maestro de la verdad, aunque Él nos enseñó también a convivir con los samaritanos y a convivir con todos. Insisto: la pluralidad es el punto de partida, el punto en el que nos encontramos, pero no el punto de llegada como si fuese un relativismo con el cual hemos pactado, porque entonces el concepto de diálogo queda también deformado.

Hay un texto del entonces Cardenal Prefecto de la Congregación de la Doctrina de la Fe de 1996, en una conferencia que impartió en Latinoamérica, en la que Joseph Ratzinger decía: la noción de diálogo, cuando se entiende de esta manera relativista, cambia de significado, convirtiéndose así en la quintaesencia del credo relativista y en la antítesis de la conversión y de la misión. El diálogo del pluralismo no puede ser la antítesis de la llamada a la conversión. En esta acepción relativista, decía Él, dialogar significa colocar la propia fe al mismo nivel que las convicciones de los otros, sin reconocer por principio más verdad que la que se reconoce a la opinión de los demás, o sea, todo vale lo mismo. Eso no es un verdadero diálogo, ese no es un verdadero pluralismo.

En definitiva, lo más propio del Evangelio es la llamada a la conversión tras haber recibido el anuncio del amor de Dios, que se resume el Evangelio: recibir la buena nueva del amor de Dios Padre, de cómo somos amados en Jesucristo. Recibirlo y proclamarlo ante el mundo a través de la llamada a la conversión; recibirlo y traducirlo en la llamada a la conversión a quien recibe ese anuncio, que él se convierte en altavoz de anunciarlo a los demás. Esa es la esencia. Por eso podemos decir que el fruto de toda Jornada Mundial de la Juventud en el fondo se evalúa —yo lo he dicho muchas veces— principalmente por dos parámetros: la cantidad de conversiones y de vocaciones que se suscitan. Esos son los dos parámetros claves para medir el fruto de una Jornada Mundial de la Juventud: las conversiones y las vocaciones. Las conversiones porque una Jornada Mundial de la Juventud es una llamada a conocer a Jesucristo, una llamada a la conversión, a descubrir a Jesucristo como el sentido de nuestra vida. No conocer a Jesucristo es una gran pobreza, y entonces nosotros no queremos condenar a los jóvenes del mundo a esa pobreza, queremos dar a conocer a

Cristo al mundo. Por eso se hicieron las Jornadas Mundiales de la Juventud, para que Cristo sea conocido y Cristo sea amado. Y cuando esto acontece, se descubre que cada uno además tiene un plan de Dios, tiene un designio para cada uno de nosotros, y uno descubre su vocación: la cantidad de matrimonios que nacen de las Jornadas Mundiales de la Juventud, la cantidad de llamadas al sacerdocio, a la vida consagrada, a todo tipo de vocaciones que han nacido de ese encuentro de conversión con Jesucristo. Conversiones y vocaciones creo que son el fruto de esas jornadas mundiales.

Me ha parecido necesario, estamos en vísperas de la realización de la Jornada Mundial de la Juventud en Lisboa, y me ha parecido que esta explicación, este intento de aclaración de qué es el proselitismo, pero qué es el apostolado, qué es la evangelización, no los confundamos, no los igualemos. Llamar a la conversión no es ser proselitista, es vivir el Evangelio. ¿Cómo se tiene que entender la encíclica Fratelli Tutti? ¿Se tiene que entender como que ya la misión de la Iglesia ha concluido, ya no evangelizamos, ya no llamamos a la conversión a nadie, ya no presentamos a Jesucristo como la plenitud de la verdad, a la Iglesia Católica como aquella que es depositaria de esa plenitud de la revelación de Jesucristo? O estamos entendiendo la encíclica equivocadamente. También es importante que una encíclica sea explicada en una manera contextualizada para que no la manipulemos.

Vayan adelante estas reflexiones, os invito a todos a que oremos con intensidad por los frutos de esta próxima Jornada Mundial de la Juventud.